



La revolución: de los principios a la praxis

Leo en el diario electrónico *e-noticies* una nota que compara la actitud actual de Iniciativa per Catalunya-Els Verds respecto a las desaladoras con la que tenía hace años. Explican que, en el 2002, Bet Font (entonces diputada de ICV) echó en cara a Ramon Espadaler (a la sazón conseller de Medi Ambient) que, para luchar contra la sequía, el Govern de CiU propusiese desaladoras. Dijo Bet Font que no estaban de acuerdo en “construir más desaladoras, que lo que hacen, a nuestro entender, es tapar un agujero para abrir otro. Y lo digo por la inmensa cantidad de energía que necesitan para funcionar. Quizá después no será necesario hablar de falta de agua, pero sí que será necesario debatir de dónde sacaremos la energía”. El diario cita a continuación las palabras actuales de Joan Saura, líder de esa misma ICV, en las que se declara partidario de “soluciones estructurales, como las desaladoras”.

Del 2002 al 2008 van seis años. ¿Qué ha pasado en este tiempo para que un partido tan sostenible como ICV pase de denostarlas a proponer-

**Darías la vida porque tal
persona te hiciese caso
pero, cuando te hace caso,
ya no darías tanto la vida**

las? Pues que antes no estaban en el poder y ahora sí. Las cosas se ven de una u otra forma según desde donde se contemplan. La vida es precisamente eso: fluir de un lado a otro. Y lo malo de conseguir lo que deseas es que, entonces, a menudo el deseo desaparece. Darías la vida porque tal persona te hiciese caso pero, cuando te hace todo el caso que soñabas, pues ya no darías tanto la vida. En política, lo mismo. “Cuando yo llegue al poder haré esto y haré lo otro...” Y, cuando llegan al poder, pues ¿para qué hacer esto y lo otro, si ellos ya tienen el poder que querían? Por eso Trotsky inventó lo de la revolución permanente. Para que no se apoltronasen. Pero la revolución permanente está bien una temporada. A la larga fatiga. Es como el hip-hop. A los veinte años sienta de maravilla y estarías día y noche dale que te pego, pero cuando llega el lumbago empieza a cansar.

Por eso, en respuesta a la revolución permanente se inventó la revolución impermanente. Se habla poco de ella, pero se aplica día sí día también. Funciona así: proclamas tus promesas desde la oposición y, cuando dejas la oposición y te sitúas en el gobierno y ves que las cosas no son exactamente como las imaginabas, das la primera muestra de esa revolución permanente: modificas tus objetivos. Donde dije digo digo Diego: donde dije que desalinizadoras no, ahora digo sí a las desalinizadoras (por ejemplo). Eso ya es una revolución. Y, acto seguido, como la revolución es permanente, proclamas otra: que abandonas la revolución permanente y abrazas la impermanente. ¡Has revolucionado tus propias ideas! A partir de ahí, si la poltrona es confortable, ya no te mueves. Y a vivir, que para llegar a la jubilación faltan ya pocos años.●